

Samuel A. Lillo

Afrodita vencedora



MEIODIA estival,
sobre la suave comba del alcor,
tiembla la tela de oro del trigal
al soplo del calor;
y, cual roja camelia que se abrasa,
arde el pintado techo de la casa
a los rayos del sol.

Hacia el grato frescor de la quebrada
desciende una mujer por el sendero;
bajo el verde dosel de la enramada
se desnuda y se queda soñadora
al borde de la fuente,
como una blanca estatua reflejada
en el cristal del agua transparente.

En las quietas malezas de un repecho,
suena el áspero grito de un chucao;
agítanse el zorzal y la murtilla
y, cauteloso, en actitud de acecho,
un puma enorme llega hasta la orilla.

Enmudece ella de sorpresa y miedo,
corre un escalofrío por su carne
y cubre, con sus manos temblorosas,
en un clásico gesto de pudor,
sus dos pequeños y redondos pechos
que son dos ánforas de nieve y rosas
que algún supremo artista modeló.

Arrástrase la bestia sobre el vientre
con sordos, guturales maullidos,
erizados los pelos de su lomo
y los nervudos flancos recogidos.
Y allí se quedan solos, frente a frente,
el puma inquieto con la estatua muda
mirados por los únicos testigos:
la mansa fuente y la montaña ruda.

Pasa un momento breve, que es un siglo
de angustia y de pavor,
en que ella espera que la bestia salte
y le abra de un zarpazo el corazón.

Mas ve algo raro en la actitud del monstruo
que la llena de extraña turbación,
cámbianse en maravilla sus temores
y arde su rostro en púdicos rubores:
es que brota un insólito fulgor
como un dardo amoroso, casi humano
de los ojos magnéticos del león.

Yérguese entonces ella vencedora;
y en su mirar, palpita
el relámpago aquel con que Afrodita
dominaba delfines y tritones
cuando, escoltada por sonante coro
de gaviotas y alciones,
cruzaba el mar sobre su carro de oro.

Sacudiendo su encanto misterioso,
el puma se alza y luego, resoplando,
retrocede vencido a la montaña.
Al sentirlo, revuelan sorprendidas
las aves y se esconde la alimaña;
y ella, cubriendo sus divinas formas,
ebria de orgullo y miedo,
sube por el sendero del talud
como una nivea garza que buscara
el aire libre, el beso de la luz.

No ha vuelto a recibir la clara fuente,
en su onda transparente,
a la olímpica diosa del amor;
pero ha sentido a veces
a la hora abrumante del calor,
en la dulce quietud de la quebrada,
el paso cauteloso del león.